

Zorrilla, bien puede decirse que, á pesar de sus desventuras, es un hombre afortunado. Negáronle los representantes del país la justa pensión que se proyectaba ofrecerle, para cubrir las necesidades de sus últimos días: hoy, una ilustre dama contrarresta tal injusticia reuniendo la misma pensión y ofreciéndola al insigne vate.

Aplaudimos de todas veras tan noble iniciativa, y confesamos que, aparte de la mujer, siempre magnánima, la generación actual ha sido ingrata con el viejo trovador. Al arrullo de sus armoniosos versos se meció nuestra cuna, de la época romántica él solo queda en pié como venerable campeón, todos sus compañeros le han precedido en la tumba: simboliza una de las grandes glorias de nuestro siglo, y, regateamos una pensión que tal vez disfrute por poco tiempo! Sólo una disculpa hallamos al egoísmo de los padres de la patria: el positivismo que invade nuestro siglo nos aparta de los versos, el sonido del oro es hoy la más dulce de las armonías, y por eso olvidamos la gratitud debida al anciano poeta.

La mujer acude oportunamente en auxilio de la poesía postergada; por algo se dice que la poesía y la mujer son inseparables: honrando á Zorrilla, honramos la más bella personificación de la poesía castellana.

No en valde han elegido para teatro de sus triunfos el escenario del Real los aplaudidos artistas Gayarre y Uetam: podrá la corte guardar luto por la muerte del Rey, viéndose con tal motivo desiertos muchos palcos; en cambio el paraíso rebosa inteligente multitud, y se colizan sus entradas á subido precio. Cada nota es un triunfo, cada noche una ovación. Los aficionados están de enhorabuena.

Y ya que de teatros hablamos, si bien no podemos en nuestra crónica consignar estrenos notables, mencionaremos la brillante campaña inaugurada en el teatro Martín, con *El puesto de las castañas*. El partido conservador había prohibido la obra, pero al subir al poder los constitucionales, faltó tiempo á la empresa para reanudar las interrumpidas representaciones. Un público numeroso acude todas las noches al teatro, evidenciando el conocido refrán: *La privación es causa del apetito*.

La sencillez unida al arte informa, queridas lectoras mías, la corriente general de la moda, sencillez que lo mismo se hace extensiva á las faldas, á los cuerpos y á los abrigos, que á los sombreros. Todas las faldas se hacen muy cortas, lo bastante para lucir la bota, y la chaqueta *Mignon* pequeña y elegante ofrece ancho campo, como novedad, á la fantasía femenina para, bajo un principio general, adoptar las mil variantes de que es susceptible.

El encaje predomina de un modo decidido para los trajes de sociedad, siendo de muy buen gusto combinado con ricas telas de brocado blanco.

Dijimos en nuestra anterior revista que el astracán era el adorno indispensable y casi absoluto de los vestidos de invierno, pero también puede ser sustituido, casi sin desventaja, por anchas tiras de terciopelo.

Para trajes de paseo, la falda plegada es de rigor acompañándola polonesa con *draperie*: el otomán, la lana escocesa á rayas y el paño de damas, son las telas indicadas para vestidos propios de calle. Muchos trajes llevan el cuerpo abrochado con botones dorados y los cuellos y puños de piel: no han decaído el cuerpo de pelo con plastrón, ni las chaquetas *figaras*.

De brocado faya azul pálido hemos visto un precioso traje para salón; ostentaba gran cola cuadrada de faya, delantal de brocado con adornos de encaje, cuerpo escotado, manga corta, cinturón con broche y quilla de faya á la derecha de la falda.

Crecen en proporciones cada día los pájares destinados al adorno de sombreros, produciendo un conjunto verdaderamente original. El *Tirolés* de puntiguda copa y el *Artagnan* de fieltro, en colores oscuros, son elegantísimos, prestando extraordinario realce á la gracia femenina. Son en cuanto á sombreros la novedad más bella de la temporada.

No nos permiten las dimensiones que alcanza ya la presente revista, ser más extensos en nuestra crónica de modas; en la próxima carta consignaremos algunas de las novedades que hoy, por falta de espacio, nos dejamos en el tintero.

ECOS DE ESPAÑA.

SALONES.—LITERATURA.—NOTICIAS.

Los salones madrileños se van abriendo muy lentamente después de celebrados los funerales del rey. Por lo pronto, la nobleza española se abstendrá de dar grandes bailes, respetando el luto de la familia real y del país. Sólo las reuniones familiares é intimas vuelven á brindarnos con sus encantos, y el regio Coliseo reclama la asistencia de sus ilustres abonados, desplegando en el afortunado escenario los primores del arte; notabilidades artísticas como Gayarre, Uetam y Stagno.

Y con efecto, en las pasadas noches ya ofrecía el Teatro Real, atestado de hermosas damas, el aspecto deslumbrador de antes. El dolor pasa por la superficie social como las olas por el mar, sin dejar rastro; el olvido es preciso, sin él sería imposible la vida, y los espíritus alarmados con la muerte tristísima del rey, se sienten renacer á la calma.

Al hablar de la prematura muerte del rey Alfonso, y pasados los primeros momentos de aturdimiento, la simpatía convierte los ojos de todos los españoles hacia su augusta y desventurada viuda, hacia las inocentes huérfanas, expuestas desde las alturas del trono á los recios embates de la vida.

Imponente fué el acto de la jura de la reina regente en el Congreso, ante los dos cuerpos colegisladores reunidos.

De nuevo la casa real española hizo gala de su aparatoso lujo: las suntuosas carrozas, reminiscencias venerables de otras épocas, recorrieron el trayecto que media desde la plaza de Oriente al Congreso, conduciendo á los próceres del reino, á las nobles y enlutadas damas, que acompañaban á la triste soberana. Iba la reina Cristina en la carroza de dos mundos, sola con las princesitas, contentiendo á duras penas el llanto, ante la apiñada multitud que la contemplaba con cariñoso interés.

Prestado el juramento que exigen las leyes patrias, la reina, con sus hijas y las infantas, regresaron á Palacio, y al penetrar en sus habitaciones, la viuda de Don Alfonso prorrumpió en acerbo llanto, justo desbordamiento á la pena que con varonil entereza lograra contener, mientras pesaban sobre ella las miradas de su pueblo.

También la corona de los reyes tiene espinas; pero la reina Cristina confía la defensa de los derechos hereditarios de sus infantiles hijas, al hidalgo pueblo español, y aquí ha sido siempre un culto defender la debilidad y la inocencia.

Nada ofrecen los teatros digno de particular mención. El arte español parece muerto en la presente temporada, pues enfermo Vico y descompuesta la compañía que secundara sus trabajos en el clásico teatro de la plaza de Santa Ana, nuestros principales autores dramáticos han encerrado sus manuscritos bajo doble llave, y si no acudiéramos á las traducciones del francés y á las obras teatrales del género humorístico, el público no sabría dónde distraer su aburrimiento.

Se nos olvidaba decir que las comedias de magia, elemento obligado en esta época del año para divertir á la gente de los pueblos que asalta nuestras calles y paseos, han sido excelente recurso para las desatinadas empresas.

Dionisia, obra de Dumas, arreglada al español en la Comedia; *Diabolin*, en Apolo; *El hombre de las figuras de cera*, en Novedades, y *Artagnan* en el Circo de Price, es cuanto caracteriza el movimiento teatral de estos últimos días. Si persiste esta atonía, el teatro español no será más que un recuerdo glorioso de otros tiempos, cosa en verdad poco halagüeña para los que alcanzan esta época calamitosa de sombras é indecisión, donde quiera que se fije el errante pensamiento.

En años anteriores, la literatura alcanzaba en Madrid gran desarrollo por esta época; hoy, con admiración de todos y disgusto de muchos, las casas editoriales permanecen inactivas, sin valor para lanzar al pasto de la curiosidad pública los originales que tienen en cartera. Sólo Francisco Arechavala, con la colaboración de varios escritores, ha publicado el III tomo de la *Biblioteca festiva*, titulado *Mazapán y jalea*; Don Antonio Pirala, *España y sus monumentos*, y Cecilio Navarro la traducción de la obra de Federico Bernard, *Evasiones célebres*.